

Individualismo y participación política: una mirada desde la teoría de los malestares de Charles Taylor

*Individualism and political participation: a view from
Charles Taylor's theory of malaises*

Herzt Indalecio Vidal Jiménez

Universidad Antonio Ruiz de Montoya, Lima, Perú

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-7193-6995>

Contacto: ap2210051@uarm.pe

RESUMEN

Los efectos del individualismo en la participación política son aspectos tratados por Charles Taylor en su obra, preocupado porque ello está menguando el involucramiento de los individuos en el destino de la sociedad. Las personas se alejan de la sociedad sin percatarse que podrían estar camino a su autodestrucción, en tanto se forjen débiles frente al poder del Estado. Serán los actores estatales quienes aprovechen este escenario de desconexión para tomar decisiones que controlen esa “individualidad”. Ello podría estar beneficiando a una clase política perversa – plagada de actores individualistas – que aprovecha estos espacios de indiferencia ciudadana para su favorecimiento. En ese sentido, Taylor desarrolla su “Teoría de los tres malestares de la Modernidad”, donde describe aspectos sobre el individualismo y la razón instrumental que han trascendido a los gobiernos por ser de suma importancia, aislando a los individuos de la sociedad y permitiendo que emerja el despotismo blando como un poder tutelar que deja a los ciudadanos indefensos frente al Estado, siendo la participación política su única manera de defenderse.

Palabras clave: individualismo; razón instrumental; despotismo blando; malestares de la modernidad; participación política.

ABSTRACT



The effects of individualism on political participation are aspects dealt with by Charles Taylor in his work, concerned that this is reducing the involvement of individuals in the destiny of society. Thus, people distance themselves from society, without realizing that they could be on their way to self-destruction, as long as they become weak before the power of the State. It will be the state actors who will take advantage of this disconnection scenario to make decisions that control this "individuality". This could be benefiting a perverse political class - plagued by individualistic actors - who take advantage of these spaces of citizen indifference to their advantage. In this sense, Taylor develops his "Theory of the three malaises of Modernity", which describes aspects of individualism and instrumental reason, which have transcended governments as aspects of utmost importance, isolating individuals from society and allowing the emergence of soft despotism as a tutelary power that leaves citizens defenseless against the State, being political participation their only way of defending themselves.

Keywords: individualism; instrumental reason; soft despotism; malaises of modernity; political participation

1. UN ACERCAMIENTO A LOS “MALESTARES DE LA MODERNIDAD” SEGÚN CHARLES TAYLOR

Con el objetivo de conocer las implicancias del individualismo en la conducta de los individuos de la sociedad moderna, y de esa manera entender cómo este puede convertirse en una limitación para la efectiva participación política de los ciudadanos, acudo a Charles Taylor, filósofo quebequense que ha desarrollado una teoría que profundiza este análisis. Esta teoría nos da pistas que debemos considerar si queremos adentrarnos en la comprensión de sociedades llevadas por gobiernos que, ante la ausencia de participación ciudadana, tienden a desarrollar conductas tan perversas como la corrupción.

En ese sentido, Taylor describe minuciosamente los problemas de la cultura moderna partiendo de la existencia de *marcos referenciales abundantes e ineludibles* que convenientemente son elegidos por los individuos, sin que exista un marco común para toda la sociedad. Según el filósofo, ello decantó en una pérdida de pasión y aisla-

miento, permitiendo la pérdida de marcos útiles para fortalecer nuestra espiritualidad, que hoy contribuirían a darle sentido a nuestra identidad (Taylor, 2018).

Adicionalmente, plantea *la idea de sujetos autosuficientes*, como resultado de la evolución de la sociedad moderna, que vincula los aspectos morales al enfoque de derechos, debilitando la noción de pertenencia del sujeto a la sociedad por considerarla innecesaria para su desarrollo. Más bien, esta se subordina a la prioridad individual, cuyo horizonte se subordina al desarrollo de un plan de vida enfocado en lo laboral y familiar. Unido a ello, la dependencia que se tiene de la comprobación científica de todo fenómeno ha despojado a la vida de su propósito, estimulando el desencanto hacia los marcos referenciales existentes, alejándolos de las ágoras modernas de interacción.

Adicionalmente, entre los problemas de la sociedad moderna, Taylor incluye en su obra aspectos que muestran el deterioro de la identidad individual o una *crisis de identidad*, quizás como consecuencia de la abundancia de marcos referenciales que les quita valor a sus vidas, sus proyecciones, que no les facilita su ubicación en este mundo ni el reconocimiento de su propio ser (Taylor, 2018; 2005).

A partir de este esbozo de diagnóstico, Taylor hace un análisis de lo que denomina *malestares de la modernidad*, a fin de recuperar las *fuentes olvidadas* de la moral, que han sido omitidas por la filosofía moderna. El filósofo señala que estos malestares ponen en riesgo a la sociedad actual y sus individuos, pues los han alejado de su condición moral y del ejercicio del discurso práctico en su vida diaria, despojándolos de aquellas referencias valorativas que construyen su identidad.

De ahí que resulta complicado ubicarse moralmente en el terreno de los asuntos humanos, evidenciando una falta de capacidad para resolver los problemas y articular una respuesta a: ¿quién soy? Ello ha resultado en una moralidad desarticulada, bajo la premisa de que todas las vidas son aceptables. No obstante, la plenitud o el fracaso de aquellas se miden a partir de criterios de valor – i.e. distinciones cualitativas – acumulados en el tiempo y que marcan el camino del desarrollo de nuestras creencias éticas y morales (Taylor, 1994, 2018).

Para ello, despliega su teoría de las tres preocupaciones o formas de malestar que estarían atravesando las sociedades actuales. Estas se desenvuelven a partir de la crítica que hace a la epistemología naturalista tan propia de la modernidad. Dicha epistemología le da valor supremo al determinismo y al conocimiento científico, alejando al sujeto de su vida espiritual, llevándolo a una: “[...] mal comprensión del funcionamiento y del papel del lenguaje, de la racionalidad práctica y de las ciencias sociales [...]” (Taylor, 1994, p.14).

Además, el desarrollo de esta teoría también parte del juzgamiento que Taylor le hace al atomismo de la filosofía moderna, por defender la individualidad y los derechos individuales por encima de la sociedad. Ello permite que la sociedad se convierta en un instrumento para satisfacer las necesidades individuales. Entonces, evocando la teoría contractual, precisa que la *“primacía de los derechos”* justifica toda acción política, lo que incluye – a partir del consentimiento y la autosuficiencia – la negación de nuestro deber de pertenecer a la sociedad para sostenerla o de obedecer a sus autoridades (Taylor, 2005, p.225).

2. INDIVIDUALISMO: AISLAMIENTO Y PÉRDIDA DE INTERÉS POR LA SOCIEDAD

Charles Taylor se encuentra entre los pensadores cuyos planteamientos están inmersos en debatir “[...] la necesidad de valorar adecuadamente las esferas comunes de convivencia y de buscar el bien común por sobre los intereses meramente individuales” (Donoso, 2003, p.2). No obstante, hay quienes lo vinculan con el comunitarismo; nuestro autor, desde una posición liberal mediadora, reconoce que el debate es con otros tipos de liberalismo, destacando aquellos (i) donde la comunidad está dedicada a defender los derechos individuales, y (ii) que consideran que el individuo puede desarrollarse lejos de la comunidad (Donoso, 2003).

A partir de esta discusión, Taylor reconoce la necesidad de fortalecer el sentido de pertenencia a la comunidad, como responsable del forjamiento de la identidad y del desarrollo de la libertad individual, lo cual se alinea a lo expuesto por Arendt (1996) respecto a la desmitificación de la creencia de que la fortaleza de los individuos se incrementa estando solo o aislado, pues: “La historia está llena de ejemplos de la impo-

tencia del hombre fuerte y superior que no sabe cómo conseguir la ayuda, la coacción de sus semejantes [...]” (p.212).

Por ende, Taylor (1994) considera al *individualismo* como el primero de los males-tares que plantea en su teoría, pese a que hoy pareciera el mayor logro de la sociedad moderna. Esto debido a que las personas, de manera legítima, pueden elegir a su antojo sus convicciones e incluso la variedad de formas en que puede llevar su vida amparadas en la primacía de los derechos. Se ha desarrollado tanto este aspecto que los individuos creen que esa libertad de elegir lo que “*se les venga en gana*” aún requiere ser completada al encontrarse amenazada por, “[...] disposiciones económicas, los modelos de vida familiar o las nociones tradicionales de jerarquía [...]” (p.38).

Si bien el filósofo se ha convertido en el más destacado crítico del individualismo, ello no significa que su obra busque anular el carácter innovador, original y auténtico de las personas, sino más bien lo orienta al *reconocimiento* de su pertenencia a un grupo humano, a una comunidad. Por ende, el desarrollo de su dimensión dialógica lo lleva a acercarse a los otros individuos siendo parte esencial de su ser, pues la formación de la identidad individual tiene un componente relacional en su camino.

Es decir, la propia manera de pensar e incluso las capacidades humanas se forman a partir de la experiencia relacional permanente que tienen los individuos al comunicarse lingüísticamente con los demás. En ese sentido, cuestionar el individualismo desde un enfoque de desvinculación solo sería no reconocer a los sujetos y sus acciones comunes como parte de una sociedad. Asimismo, significaría no reconocer su libertad desde un enfoque holista, es decir, formada a partir de su inmersión en la sociedad (Gracia, 2010, p.197).

En tal sentido, Taylor precisa que esa libertad moderna, si bien se generó a partir del escape de *horizontes morales pasados*, también nos alejó de ese orden mayor del que solíamos formar parte, donde cada cosa ocupaba un lugar jerárquicamente. Era un orden del cual era casi imposible separarse, siendo que esta libertad de la que gozamos emergió cuando se desacreditó tal orden y dejamos de creer en el mismo, pese a ser lo que le otorgaba significado a las cosas, desarraigándolas de su connotación meramente instrumental (Taylor, 1994).

Consecuentemente, esto llevó a los sujetos a *desencantarse* de este mundo – aislándolos dentro del mismo – ante el incremento de la intelectualización y racionalización de las cosas, y de la idea de un mundo calculado, previsible y sin misterio, plausible de manipular (Weber, 1917). Entonces, ese alejamiento trajo consigo (i) el mayor reconocimiento de sus propios intereses y puntos de vista, así como (ii) el desarrollo de su egoísmo en detrimento de la magia o del lado heroico de la vida. Es decir, en la edad moderna los sujetos se desconectan de un mundo superior – mágico –, y se convierten en seres extremadamente racionales, donde la ciencia se posiciona hegemónicamente y tiende a definir sus creencias.

El autor reflexiona sobre si ese desencantamiento y aislamiento del orden se convirtió en una pérdida para nuestra sociedad pues, si bien los viejos órdenes escondían: “[...] el afianzamiento de formas de desigualdad, dominación y explotación a través de su identificación con la estructura intocable y sagrada de las cosas” (Taylor, 2014, p. 191), las acciones realizadas eran colectivas, siendo difícil concebirse desconectados de esa *matriz social*.

Por ende, la visión del mundo se estrecha, permitiendo que los individuos se conviertan en seres desapasionados, temerosos de confrontar los riesgos que exige la vida, que se refugian en sus espacios más íntimos, llevando una vida sin sentido. Taylor evoca al Zaratustra de Nietzsche que caracteriza al hombre imbuido de ese “*lamentable bienestar*”, sin interés por su felicidad o su razón, que convergen en el desinterés hacia el resto de individuos y su alejamiento de la sociedad. Plantea que es una realidad preocupante en contextos donde la generación del yo y el narcisismo concentrados en su autorrealización conviven con una sociedad permisiva que nos aleja de las exigencias morales o del compromiso con los demás (Taylor, 2014).

En esa línea y a partir de la crítica que Allan Bloom (1987) realiza a la juventud americana en su libro “*The Closing of the American Mind*”, Taylor desarrolla su idea sobre el relativismo. Siguiendo a Bloom, considera que la sociedad llevada por su concepto de respeto mutuo, relativiza la posición moral del resto. Cada quien tiene el poder de elegir la manera de vivir, y el valor que le da a las cosas, pues “[...] todo el mundo tiene sus propios «valores» y es imposible argumentar sobre los mismos” (Taylor, 1994, p.49). Esta situación impulsa a las personas hacia el individualismo, inspirados por su autorrealización y su propio éxito.

Taylor llama a esto *individualismo de la autorrealización*, forjado por la noción de que los individuos deben ser fieles a sí mismos, que son lo más importante dentro de la sociedad, que deben estar centrados en sus propios asuntos, imperturbables con aquello que pueda afectar al resto e inconscientes de toda cuestión religiosa, política o histórica, que los trasciende. Contradictoriamente ese esfuerzo por ser mejores versiones de sí mismos puede llevarlos a lo absurdo o, a depender – para quienes están inseguros de su identidad – de gurús o “[...] toda suerte de expertos y guías autodesignados, que se envuelven en el prestigio de la ciencia o en una cierta espiritualidad exótica.” (Taylor, 1994, p.51).

Es decir, los individuos, por un lado, se alejan de la sociedad, así como del poder que tiene su involucramiento en ella y, por el otro, están delegando el manejo de su vida en terceros especializados en “*vidas ajenas*”. Con esto, creen que esa encomienda contribuirá con el cumplimiento de sus proyectos, sin percatarse que podrían estar recorriendo el sendero de su propia desnaturalización, ya que la intersubjetividad permite el “*verdadero*” desarrollo de la determinación social de la naturaleza humana, aspectos que solo se pueden realizar en comunidad (Honneth, 1997).

Como se aprecia, la visión individual no ha logrado colmar las expectativas de una sociedad unida, al poner en ella sujetos poco responsables y solidarios con el resto. Por lo tanto, resulta imperante el fortalecimiento del *valor comunal* y “[...] el intento de construir una moral social desde una perspectiva colectiva” (Benedicto, 2010, p.208), siendo conscientes de que la comunidad es crucial para el desarrollo de la moralidad individual. Sobre ello, no hay que olvidar que los humanos son agentes racionales, sociables que buscan la paz, idea que está dominando nuestro pensamiento político y nuestro imaginario social. Por tanto, ser un colectivo de individuos con fines – búsqueda de ventajas – en común, supone la génesis de un componente moral – derechos y obligaciones con los demás – que lo acompaña (Taylor, 2004).

En comunidad se motiva al individuo a desarrollar valores colectivos como la solidaridad, la confianza, el respeto mutuo, que requieren que las personas generen vínculos fuertes entre sí. Esto involucra lo afectivo, desde el reconocimiento hasta querer atender las necesidades del otro, desterrando la idea de que las agrupaciones son solo medios para cultivar nuestros intereses (Benedicto, 2010, p.209). Empero, Taylor reconoce la existencia de un ideal moral que impulsa en parte al relativismo mismo, un

modo de vida superior dentro de estas actitudes de la sociedad moderna que podría dictar lo que deberíamos hacer. Este ideal emerge de la idea de “*ser fiel a uno mismo*”, que Taylor denomina “autenticidad”.

No obstante, las formas que caracterizan a la sociedad moderna en sí misma – hacer lo que venga en gana – no esconden ningún ideal moral o norma para vivir mejor, e incluso desacreditan ese ideal reconocido llevándolo a perder su fuerza moral. La autorrealización, si bien inspira a los individuos, no es más que una lucha por sobrevivir en un mundo que de alguna manera los lleva a actuar así. Por ende, lo importante está en averiguar por qué las personas sienten la necesidad o tienen la creencia de que deben obrar de ese modo, como si al evitarlo estuvieran desaprovechando o desperdiciando sus vidas (Taylor, 1994).

Taylor (1994) deja claro que adoptar ese ideal, orientándolo a la “*autorrealización*”, facilita que el individuo sea el único responsable de definir su propio concepto de vida buena, alejándolo de la sociedad y los gobiernos. Esto favorece el “*liberalismo de la neutralidad*”, donde la sociedad no se involucra en esas cuestiones y los gobiernos respetan las concepciones individualistas, permitiendo “[...] relegar las discusiones sobre la vida buena y la autenticidad, a los márgenes del discurso político” (p.53). No obstante, nuestro autor enfatiza que vivir en sociedad es un requisito indispensable para el *desarrollo de la racionalidad*, para transformarse en un agente moral, o un individuo autónomo y responsable (Taylor, 2005).

Para Taylor, que cada quien pueda elegir su propia manera de vivir como parte de sus derechos, implica ser conscientes de que todas las elecciones tienen el mismo valor, por ende, moralmente no es juzgable cuál de ellas es mejor o peor. Sin embargo, con ello el debate al respecto acabaría, pese a las consecuencias perversas generadas por estas elecciones de vida, pues son intensificadas por el *subjetivismo moral* donde los individuos definen sus propias posturas. Empero, no están sujetos a críticas o contradicciones, es decir: no existe el deber de decirles algo sobre ello o contradecirlos, pues hay que respetar sus ideas. Ello se complementa con la falta de preocupación de los sujetos para emitir su opinión al no considerarla importante.

A todo lo anterior contribuye el poco interés de las ciencias sociales para invocar cuestiones morales en su discurso. La sociedad evoluciona creyendo que los males-

tares son un mero efecto del cambio social, la industrialización, el deseo de poder o de algo mejor, sin detenerse en la fuerza moral que podrían ejercer. Son las posturas modernas las que se esfuerzan en justificar estos malestares desde el positivismo y las ciencias exactas, sin percatarse que se forjaron como ideales morales que construyeron su identidad. Es decir, los malestares no nacieron de la nada, se desarrollaron como parte de una cultura instalada en instituciones y asociaciones. Por ende, la permanencia de cualquier ideal moral requiere el respaldo de la sociedad para sostener su estabilidad, y así cada individuo debería preocuparse por ella (Taylor, 1994).

En sociedades actuales estos ideales suelen ser invocados a partir de la capacidad del sujeto para decidir el curso de su vida. De esa manera se justifican aspectos que los pervierten, centrados meramente en su utilidad para el individuo en sí y sus ansias de riqueza o poder, aspectos que caracterizan a la modernidad.

Así, la autenticidad y todo lo que se genera en el individuo moderno, sirve de justificación para omitir aquello que lo trasciende, como no valorar el pasado e incluso rechazarlo, negar las responsabilidades de la ciudadanía, la solidaridad y las necesidades del ambiente natural (Taylor, 1994). No obstante, para el filósofo si bien este ideal se ha degradado, a su vez vale la pena y no puede ser repudiado por los modernos, por lo que “[...] nos hace falta una labor de recuperación, mediante la cual este ideal puede ayudarnos a restaurar nuestra práctica” (Taylor, 1994, p. 59). Esa ambivalencia del individualismo que sugiere la posición de Taylor es expresada por otros autores:

Las tensiones internas del individualismo constituyen un caso clásico de ambivalencia. Afirmamos firmemente el valor de nuestra autosuficiencia y autonomía. Sentimos profundamente el vacío de una vida sin compromisos sociales sostenibles. Sin embargo, no nos atrevemos a expresar nuestra sensación de que nos necesitamos unos a otros tanto como que necesitamos estar solos, por miedo a que si lo hiciéramos perderíamos totalmente nuestra independencia (Bellah, et al., 1996, p.176).

El autor es consciente de que esa idea de ser auténtico siendo *fiel a sí mismo* para lograr la tan ansiada autorrealización, por más válida y original que sea, puede conllevar al individuo a adaptarse a lo que el mundo quiere (¿éxito, estatus?) o peor aún, a una posición instrumental consigo mismo, que lo aleje del verdadero sentido

moral de ese ideal y lo sumerja en el subjetivismo. Ello resulta hasta peligroso para la sociedad, pues podría estar acarreando valoraciones positivas a imaginarios sociales perversos como la delincuencia o el narcotráfico – poder, vida cómoda-. Los índices de delincuencias en países como el Perú son prueba palpable de ello. Esta situación no solo aleja a los individuos de la participación comunitaria sino que contribuye a la degradación de su moral y consecuentemente de las sociedades.

De hecho, Taylor parte de la idea de que los seres humanos naturalmente tienen sentido moral, cuya fuente reside en sí mismos, como una *voz interior* que les permite actuar sabiendo qué es lo correcto y qué no lo es. Por ello, afirma que la pérdida de la capacidad de escuchar esa voz acarrea el alejamiento del contacto del individuo con su propia naturaleza, subordinándolo hacia la comodidad exterior e instrumentalizándolo. Entonces ser auténtico es disponer de un trasfondo moral que se enmarca en la originalidad, el autodescubrimiento, el desarrollo del propio potencial y la autodefinición (Taylor, 1994).

3. RAZÓN INSTRUMENTAL: DEL INDIVIDUALISMO AL EGOÍSMO MATERIAL

Taylor manifiesta que el desencantamiento del mundo o la pérdida de sentido de aquellos órdenes *sacralizados* que rodean al individualismo, ensimisma a los sujetos en vidas atomísticas y narcisistas alejadas de la sociedad. Esta característica da pie al segundo malestar de la modernidad que advierte, la primacía de la “*razón instrumental*”.

En esta modalidad de razón cada cosa solo trasciende en la medida que se desarrolle la materialización económica de la misma. Es decir, es como si todo lo realizado por los individuos fuera un fin en sí mismo, donde ser más eficientes y exitosos supone tener una mejor relación coste-rendimiento. Esto se agudiza a partir de la desvinculación de aquellos órdenes o marcos referenciales, que les daban a las sociedades anteriores una fuerte estructura (Taylor, 1994).

La sociedad se juzga instrumentalmente, no por su valor intrínseco sino porque se refiere a “[...] las condiciones básicas de nuestra existencia como agentes libres, más que a la excelencia de la virtud” (Taylor, 2014, p.212). El objetivo individual se

enfoca en ser próspero y vivir seguro, los intercambios – económicos – que se suscitan con otros sujetos se vuelven ideales en la medida que “[...] nuestros propósitos se ensamblan con los de los demás, y cada uno, al favorecerse a sí mismo, ayuda a los otros” (Taylor, 2014, p.213). Entonces, el significado de éxito o estatus sería medido a partir de los ingresos y el consumo, donde prospera ese individualismo utilitarista que se llena con la satisfacción de los deseos personales, por lo que la movilidad social, es decir los logros profesionales, se transforma en el centro dominante de la vida individual (Bellah et al, 1996).

Para Taylor (1994) la sociedad moderna dejó de seguir estas estructuras ante su pérdida de sentido, ya sea por el propio determinismo, por la voluntad divina o cualquiera que haya sido la característica que las sacralizaba. Ello dio paso a la realización de acciones cargadas de egoísmo, donde la felicidad y el bienestar individual son lo importante, avocándose a instrumentalizar todo aquello que permita cumplir con metas individuales. Por ende, dado que esto les pasa a todos los individuos, la aceptación del otro es conveniente en la medida que se alinee a los propósitos de cada quien. Tal situación estaría amenazando la apropiación de la vida misma, al desterrar cualquier criterio racional en circunstancias donde resulta necesario subordinar el “*máximo rendimiento*”.

Lo descrito ha dado paso a una modernidad donde la sensibilidad humana se está subordinando a – por ejemplo – la tecnología, brindándole características cuasi divinas, al permitir que el prestigio del individuo se manifieste dentro de la sociedad. Esta lógica está contribuyendo a deshumanizar cualquier acto que precise el despliegue de los sentimientos generados por las personas ante la posibilidad de una respuesta o solución “*tecnológica*”; también sería la responsable de la visión aplanada y estrecha de sus vidas, situación que se ha propagado a otros espacios como los asuntos políticos o la medicina.

De esa manera, se están socavando el trato sensible y humano de las personas, por una atención – egoísta y fría en relación a los demás – en que prima lo técnico por encima de la propia humanidad. El filósofo agrega que esta situación es además consciente, pues estamos proclives a la tentación de obtener la riqueza que la modernidad nos regala u obligados por nuestras propias condiciones a seguir instrumentalizando todo acto. Entonces, el cambio no solo será ganarse “*los corazones y las mentes*”,

tendrá que extenderse hacia lo institucional. Empero, ello no se dará de manera precipitada ni radicalizando el “*desmantelamiento*” de las estructuras institucionales que por siglos forman parte de nuestro entorno como el Estado y el Mercado (Taylor, 1994).

4. DESPOTISMO DEMOCRÁTICO, SUAVE O BLANDO: CUANDO EL INDIVIDUALISMO Y LA RAZÓN INSTRUMENTAL TRASCIENDEN A LOS GOBIERNOS

Taylor (1994) plantea que el individualismo y la razón instrumental acarrearán consecuencias perversas en la vida política, ya que estos siendo parte de la estructura social moderna, de alguna manera obligan a la sociedad a darles mayor valor. Ello está permitiendo que los individuos dentro de sus reflexiones morales se prioricen a sí mismos, no percatándose de la existencia del otro, salvo cuando le son útiles. Se sumergen en su propio mundo disfrutando de su vida privada, generando una sociedad donde los individuos están encerrados en sus *propios corazones*, limitando ser partícipes de su “autogobierno”.

Será la contención de la reflexión sobre la importancia de la participación política en sus vidas la que permita – sin darse cuenta – que la situación se convierta en vitalmente destructiva. Bueno (2016) considera que el ciudadano moderno: “[...] no se siente tan responsable desde el punto de vista político, sino que prefiere ejercitar su poder mediante la representación [...]”; prefiere solo votar por sus gobernantes periódicamente y disponer de tiempo para gozar de aquello que lo hace más feliz, mellando el ejercicio de su ciudadanía.

Para Taylor (1994), una sociedad estructurada de esa manera está permitiendo la pérdida de libertad de las personas, al hacerlas esperar – llevados por el individualismo y la razón instrumental– que sean otros quienes tomen las decisiones públicas, sin percatarse que tarde o temprano serán afectados. Peor aún, este tipo de sociedad también está generando que la perspectiva individual no instrumentalista se agote, pues, “[...] es difícil mantener un estilo de vida individual contra corriente [...]” (p.44).

Es decir, se ha dejado que sean los gobernantes quienes brindan *comodidad* a ciudadanos preocupados solo por su bienestar personal sin interesarse en la vida pú-

blica. No obstante, estos *líderes* toman decisiones que no siempre son en beneficio de la población, decisiones que podrían estar redundando en acciones perversas, *legitimadas* por la ausencia de la participación y deliberación, en desmedro de los recursos que están gestionando.

La consecuencia es una nueva forma de despotismo que ha sido abordado anteriormente por el filósofo político francés Alexis de Tocqueville en su obra “Democracia en América”, quien lo denomina “despotismo suave”. Este es recogido como el *tercer malestar*, consecuencia de la existencia de los dos malestares previos. Si bien no es una tiranía de terror y opresión como en el pasado, se ha convertido en un enorme poder tutelar que los ciudadanos no pueden controlar y afecta su propio destino. Será entonces la participación ciudadana efectiva y seria – a nivel gubernamental o como sociedad civil – la única manera de defenderse.

Desde la perspectiva del despotismo blando, los individuos priorizan la felicidad de sus vidas privadas concentrados en su atomismo, aislándose de su entorno político-social a pesar de que son los gobiernos los que le garantizan su bienestar. Ese atomismo que predica la autosuficiencia de los individuos frente a la sociedad resulta incongruente con la realidad, pues la ausencia de participación, así como la pérdida de conductas asociativas, solo conduce a debilitar a los sujetos frente al poder estatal.

En tanto la situación persista, serán los gobiernos quienes se fortalezcan con la ausencia de participación, pudiendo traer como consecuencia que sus actores – cargados de individualismo y razón instrumental – desarrollen conductas egoístas y perversas. Entonces, será el beneficio individual su bandera, que en el marco de la gestión de recursos públicos podría ser la base de la corrupción y el debilitamiento de la libertad. En ese sentido, los sujetos, desmotivados por la impotencia, radicalizan su ausencia, fortaleciendo – ¿instintivamente? – el despotismo blando mencionado. Como se aprecia, ello pone en peligro el ejercicio de la libertad política, ergo: “el control de nuestro destino”, delegando las decisiones ciudadanas a ese “poder tutelar irresponsable” (Taylor, 1994).

Desde mi perspectiva, en países con una amplia diversidad cultural e historia de desigualdad y discriminación como el Perú, el arribo al despotismo blando no solo partiría del individualismo y la razón instrumental. Considero que hay que considerar un

componente de reconocimiento para identificar si la autovaloración de los individuos puede estar deteniendo un franco involucramiento en el destino del país. Ciudadanos que no superan esa condición y aun se sienten marginados, tendrán una voz interior que los convencerá que no están preparados para participar. Ello será fácilmente aprovechado por grupos de poder que, con estrategias paternalistas o de menosprecio, socavan la identidad de las personas y anulan su involucramiento en una sociedad que necesita de su participación.

Entonces, será necesario prioritariamente liberarse de esa identidad impuesta y destructiva, para lo cual el reconocimiento se convierte en una necesidad vital del ser humano. No obstante, ello nos guiará hacia una constante “tensión interna” con el otro, debido a la lucha por ese reconocimiento. Empero, esa lucha no es más que una etapa evolutiva de nuestro ser moral con tendencia a la madurez (Honneth, 1992). Por lo tanto, la participación política en países como el Perú supone la confrontación con los otros pues – recordando a Honneth – aspectos como el menosprecio – por ejemplo – pueden atentar contra la acción humana, necesaria como pie de apoyo para la participación e involucramiento en la comunidad.

En conclusión, el individualismo pone una primera barrera a la participación política, que se fortalece con la razón instrumental y el despotismo blando, a los que Taylor considera como las tres formas de malestar modernas donde: “[...] el primer temor estriba en lo que podríamos llamar pérdida de sentido, la disolución de horizontes morales. La segunda concierne al eclipse de los fines, frente a una razón instrumental desenfrenada. Y la tercera se refiere a la pérdida de libertad” (Taylor, 1994, 45, 46).

Entonces es el individualismo – heredero del desencanto hacia los marcos referenciales pre modernos – el punto de partida de la teoría que tiene encapsulado a los seres humanos en su propia vida. Este malestar si bien promueve el ser *fiel a sí mismo* acarrea conductas egoístas nocivas para la sociedad. Ser fuente de apoyo de la sociedad y conectar dialógicamente con el resto de sus integrantes ha quedado restringido para la racionalidad individual moderna, salvo que el resultado de ese “apoyo” o conexión dialógica sea de utilidad personal.

Por ende, ese individualismo e instrumentalización han logrado alejar a las personas de la discusión política mellando la participación ciudadana, permitiendo que

los vacíos sean aprovechados por grupos de poder que no siempre buscan el bienestar de todos pues incluso atentan contra la libertad. Es decir, integrados por seres individualistas, estos grupos exacerban su lado egoísta buscando beneficiarse y acudir al cálculo de la corrupción como su principal aliada. Tal argumento puede ser útil en el estudio de la génesis de este flagelo máxime si en países como el Perú, la autopercepción negativa puede estar radicalizando aún más la falta de participación.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Arendt, H. (1996). *La Condición Humana*. Ediciones Paidós Iberoamérica S.A.

Attías, A. (2015). *El desencantamiento del mundo y lo sagrado. Un espacio común para Max Weber y Georges Bataille*. Editorial Flacso

Bellah, R., Madsen, R., Sullivan, W., Swidler, A. & Tipton, S. (1996). *Habit of the Heart: Individualism and Commitment in American Life*. University of California Press Berkeley and Los Angeles, California.

Benedicto, R. (2010). Liberalismo y Comunitarismo: Un debate inacabado. *Studium Revista de Humanidades*, (16). Universidad de Zaragoza.

Bueno, J. & Santos, D. (2013). *Teoría de la agencia en la determinación de la estructura de capital. Casos sectores económicos del Departamento del Valle del Cauca*. Universidad Autónoma de Occidente.

Bueno, M. (2016). Aristóteles y el ciudadano. *Tópicos, Revista de Filosofía*, (54). México. <http://dx.doi.org/10.21555/top.v0i54.892>

Camacho, J (2020). Participación ciudadana para el combate a la corrupción. Un análisis del Comité de Participación Ciudadana del Sistema Nacional Anticorrupción. *Buen Gobierno*, (28). Fundación Mexicana de Estudios Políticos y Administrativos A.C.

- Donoso, C. (2003). Charles Taylor: una crítica comunitaria al liberalismo político. *Polis-En línea*, (6). Centro de Investigación Sociedad y Políticas Públicas (CISPO). Chile
- Gamio, G. (2013) *Deliberación Práctica y Vida Buena Un Estudio Sobre la Ética de Charles Taylor* [Tesis de doctorado, Universidad Pontificia Comillas]. <https://www.educacion.gob.es/teseo/imprimirFichaConsulta.do?idFicha=341074#>
- Gracia, J. (2010). *Individuo y sociedad en la filosofía de Charles Taylor*. Universidad de valencia-España
- Honneth, A. (1997). *La Lucha por el reconocimiento*. Crítica Grijalbo Mondadori S.A.
- Hyseni, D. (2022). *Charles Taylor: A Vision of Society and Democracy*. <http://dx.doi.org/10.2139/ssrn.4191416>
- Julio, H. & Ortiz, R. (2011). *La Crítica de Charles Taylor a la Epistemología Cartesiana*. Universidad de Cartagena.
- Malem, J. (2002). *La corrupción. Aspectos éticos, económicos y políticos y jurídicos*. Editorial Gedisa
- Oré, N. (2021). *Agencia Encarnada: Un estudio sobre la conexión entre la ética y la fenomenología en la Teoría de Construcción de la Identidad de Charles Taylor* [Tesis de maestría, Universidad Antonio Ruiz de Montoya]. <https://repositorio.uarm.edu.pe/items/c55e508c-379b-4f54-a678-c605912a022a>
- Platón (2014). *La República o El Estado*. Grupo Planeta Spain.
- Platón (1985). *Diálogos I: Protágoras*. Editorial Gredos S.A.
- Platón (1985). *Diálogos II: Menon*. Editorial Gredos S.A.
- Sandoval, I. (2016). Enfoque de la corrupción estructural: poder, impunidad y voz ciudadana. *Revista Mexicana de Sociología*. vol.78, n.1. p. 119-152

Taylor, Ch. (1991). *The Ethics of Authenticity*. Harvard University Press

Taylor, Ch (1992). *El Multiculturalismo y la Política del Reconocimiento*. Fondo de Cultura Económica.

Taylor, Ch. (1994). *Ética de la Autenticidad*. Paidós.

Taylor, Ch. (2005) *La Libertad de los Modernos*. Amorrortu Editores.

Taylor, Ch. (2014) *Hegel y la Sociedad Moderna*. Fondo de Cultura Económica.

Taylor, Ch. (2014). *La Era Secular*. Editorial Gedisa.

Taylor, Ch. (2018). *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*. Paidós.

Tocqueville, A. (1835). *La Democracia en América*. ePubLibre

Walzer, M. (2010). *Pensar Políticamente*. Paidós.

Weber, M. (1919). *El Político y el Científico*. Alianza Editorial

Weber, M. (2004). Science as a Vocation. En M. Weber, *Essays in Sociology*. Cambridge: Hackett Publishing Company.